

La actual crisis cultural comparada con otras anteriores

Huizinga, J.

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Huizinga, J. (1990). La actual crisis cultural comparada con otras anteriores. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(140), 125-128. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1990.140.52176>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

LA ACTUAL CRISIS CULTURAL COMPARADA CON OTRAS ANTERIORES

J. Huizinga

Bien que no vayamos hacia atrás, sin embargo el pasado puede encerrar enseñanzas y servirnos de orientación. ¿Cabe señalar casos históricos en que la civilización de una nación, imperio o continente, pasó por dolores tan fuertes como los que atraviesa nuestro tiempo? Crisis cultural es un concepto histórico. Si comparamos el tiempo presente con otros semejantes del pasado, orientándolo en la Historia, lograremos dar a aquel concepto cierta forma objetiva. De precedentes crisis culturales conocemos no sólo el comienzo y desarrollo, sino también el remate. Nuestro conocimiento de ellas tiene, pues, una dimensión más. En algunos casos, toda una civilización ha acabado por derrumbarse; en otros ha revivido y se ha remozado. Esos procesos históricos podemos juzgarlos como casos conclusos; y aunque esta necropsia histórica no prometa terapéutica certera para el presente y ni aun siquiera tal vez pronóstico, no debemos omitir medio alguno para llegar a entender la índole del mal.

Pero en seguida se impone una gran restricción. El material de casos comparables es menos extenso de lo que pudiera parecer. De las numerosas civilizaciones, cuyos restos reaparecen casi de año en año ante nuestros ojos, surgiendo en las arenas de los desiertos, los escombros de los despoblados o la vegetación tropical, sabemos todavía —por elocuentes que sean esos restos— hartos poco en lo referente a su historia interna, para poder emitir un juicio sobre las causas de su decadencia y ruina; a no ser que sean de tipo catastrófico. Ni siquiera el antiguo Egipto y la antigua Grecia aportan materia suficiente para una comparación detenida. Sólo los veinte siglos que transcurren desde el imperio de Augusto y la vida de Cristo están bastante próximos a nosotros para permitir comparaciones fructíferas.

Ahora cabe preguntar: ¿No ha estado la civilización durante todos esos veinte siglos, año por año, en crisis? ¿No es toda historia humana algo sobremanera precario? Sin duda alguna. Pero éstas son filosofías, declamaciones sobre la vida, que tienen utilidad a su hora y tiempo. El juicio histórico, al considerar los acaecimientos desde el punto de vista del cambio intensivo de orientación cultural, distingue muy positivamente determinadas unidades históricas, en las cuales, concentra nuestro conocimiento de los tiempos pasados.

Suelen denominarse: la transición de la Antigüedad a la Edad Media, la transición de la Edad Media a la Edad Moderna, y la del siglo XVIII al XIX.

Situémonos primero alrededor de 1500. Los cambios han sido enormes. Se ha descubierto la tierra, se ha descifrado la estructura del Universo, está dividida la Iglesia; la imprenta, en plena actividad, multiplica infinitamente la palabra; se han perfeccionado los armamentos; se han dilatado con exuberancia el crédito y la circulación de la moneda; ha sido redescubierto el griego; menospréciase la antigua arquitectura, y el arte despliega una fuerza titánica. Consideremos luego la época de 1789-1815. De nuevo estallan los acontecimientos en el mundo con el estampi-

do del trueno. El reino más ilustre de Europa ha sucumbido a las ideas quiméricas de los filósofos y al furor de la canalla, resucitando luego por la acción y la buena estrella de un genio militar. Ha sido instaurada la libertad y abandonadas las creencias de la Iglesia. La Europa, hecha pedazos, es nuevamente encolada. El vapor con su continuo jadear estremece los nuevos telares. La ciencia conquista territorios incógnitos. El mundo del espíritu se enriquece merced a la filosofía alemana. La vida se hace más bella gracias a la música alemana. América llega política y económicamente a su mayoría de edad. Pero es todavía un niño gigante en la cultura.

Al pronto aparece el sismógrafo de la Historia, en ambas épocas, tan conmovido como ahora. Considerados someramente, esos desprendimientos, esas sacudidas y marejadas de entonces no parecen producir menores efectos que los de nuestro tiempo. Sin embargo, si calamos más hondo, pronto advertimos que en la crisis de la época actual, la sociedad se halla más radicalmente minada por su base que en las dos precedentes del Renacimiento y Reforma, y de la Revolución y Napoleón. Sobre todo: en esas épocas críticas, la esperanza y los ideales siguieron dominando más que hoy. Aunque también entonces hubo quien creyó que agonizaba el mundo, con todo lo que tenía de más valioso, sin embargo, la sensación de que la civilización entera se hallaba en peligro inminente de derrumbamiento no estuvo en aquellos tiempos tan ampliamente difundida, ni basada en tan exactas observaciones como en nuestros días. Para nuestra visión histórica, esas dos épocas ostentan el carácter no sólo de crisis, sino también y sobre todo de ascensión.

La sociedad —ya lo hemos dicho— estaba menos minada en su base hacia 1500 y hacia 1800 que hoy. Por mucha que fuese la violencia con que se odiaban y combatían desde la Reforma el mundo católico y el protestante, sin embargo, el fundamento común de su fe y de la organización de sus cultos les hacía mucho más afines entre sí. Además, el rompimiento con el pasado fue entonces mucho menor que el abismo casi infranqueable que se abre hoy entre la negación absoluta de la fe o del cristianismo y la restauración de los antiguos fundamentos cristianos. En el siglo XVI (salvo algunos desbordamientos fantásticos) nadie piensa todavía en un ataque radical y fundamentado a la moral cristiana. Apenas, si se inicia hacia 1800. Los cambios en la organización del Estado, que entre 1789 y 1815 se llevan a cabo —prescindiendo del siglo XVI— son, pese a las innovaciones de la Revolución francesa, de mucho menor alcance que los que hemos presenciado desde 1914. Nada sabe el siglo XVI, ni el incipiente siglo XIX, de doctrinas como la de la contraposición y lucha de clases, que tienden a minar sistemáticamente el orden y la unidad sociales. La vida industrial presenta sin duda en las dos épocas el mal cariz de la crisis, pero no el de un desequilibrio intensísimo. Las profundas conmociones económicas del siglo XVI, el capitalismo virulento, las grandes quiebras, la subida general de precios, no ocasionan, ni siquiera un momento, esa universal congestión espasmódica del giro comercial ni esas fiebres delirantes de los valores, que hoy padecemos. El daño que causaron los “asignados” en el periodo de 1793 no tiene importancia alguna, comparable con nuestro prolongado barullo monetario. Tampoco la llamada revolución industrial (término harto dudoso) ha tenido el carácter de una perturbación intensa, sino más bien el de un crecimiento unilateral.

Si se quiere aplicar un método de mayor precisión para dilucidar el estado febril de la vida cultural actual, considérese el desarrollo del arte. Todas las transiciones que el arte sufrió desde el “quattrocento” hasta el rococó, fueron paulatinas, conservadoras, manteniendo con rigor el punto del adiestramiento y la habilidad en las artes. Hasta el impresionismo no empieza ese abandono de todos los principios,

abandono que más tarde ha de despejar el campo para todas las extravagancias de moda, agujoneadas por el reclamo, como las vemos en los primeros decenios del presente siglo.

La comparación de nuestro tiempo con el de 1500 y el de 1800 nos produce, pues, la impresión general de que el mundo está pasando ahora por un proceso de desequilibrio mucho más intenso y radical que en esas dos épocas anteriores.

La cuestión que ahora se nos plantea es la de hasta qué punto puedan establecerse comparaciones entre el cambio de rumbo que nosotros presenciarnos y el que se llevó a cabo en la transición de la Antigüedad a la Edad Media en el marco del Imperio romano.

Entonces vemos, en efecto, que acontece lo mismo que ahora muchos consideran inminente: una civilización elevada y riquísima va poco a poco cediendo el puesto a otra que al principio es innegablemente inferior y de paupérrima organización. Pero en seguida advertimos una diferencia enorme, que dificulta nuestra comparación. Aquella cultura decadente de 500 después de Cristo trajo consigo, como patrimonio de la anterior, la elevada forma religiosa en que la cultura antigua en cierto sentido había encallado. Ese mundo bárbaro estaba lleno de un elemento intensamente metafísico. El cristianismo, pese a sus tendencias hacia la renuncia a lo mundanal, llegó a ser la fuerza motriz que de los siglos de barbarie hizo brotar la conclusa y armónica cultura medieval de los siglos XII y XIII, base en que descansa todavía la civilización moderna.

¿Actúa en el día de hoy esa virtud espiritual con igual fuerza para el porvenir? Prosigamos, sin embargo, nuestra comparación. Dejando a un lado el triunfo del cristianismo, es lo cierto que el cambio de orientación cultural en el imperio romano se nos presenta como un proceso de entorpecimiento y de degeneración. Las altas facultades de dominación social, de entendimiento y de expresión espiritual van anquilosándose, reseccándose, encogiéndose hasta perderse por completo. Caduca la autoridad del Estado; parálizase la capacidad técnica; mengua la potencia productiva; relájase el espíritu de investigación y de formación, que ya se limitaba en su mayor parte a conservar y reproducir las formas antiguas. En todo esto, el proceso que sigue la cultura en la antigüedad posterior y el que se está verificando en nuestros días, aparecen muy distintos. Hoy la mayor parte de las citadas funciones parecen hallarse más bien en aumento por su intensidad, variedad y refinamiento. Las condiciones generales difieren, además, por completo. En la época de la decadencia romana, una multitud de naciones hallábase encajada en un solo Estado mundial; de un modo sin duda laxo e imperfecto, pero al fin esencial. Ahora, en cambio, vivimos en una organización extremadamente sólida de distintos Estados émulos. En nuestro mundo la eficiencia técnica reina cada vez más indiscutiblemente; la fuerza productora va en aumento, y la capacidad de profundizar en lo cognoscible triunfa cada día más con nuevos descubrimientos. Además, el *tempo* de los cambios es absolutamente diferente. Lo que entonces se medía por siglos, mídese, a nuestro parecer, por años. En suma, la comparación con la historia de los años 200 y 600 de nuestra era ofrece muy pocos puntos de contacto que sean de utilidad directa para la intelección de la actual crisis cultural.

Sin embargo, y pese a todas las diferencias, impónese un punto de trascendental importancia. La civilización romana caminaba hacia la barbarie. Nuestra cultura, ¿lleva también el mismo rumbo?

Pero sean cualesquiera los resultados que la comparación con el pretérito puedan proporcionar para la inteligencia de la crisis actual, es lo cierto que nada nos revelan

que pueda tranquilizarnos acerca del fin de dicha crisis. Ningún paralelo histórico permite sacar la conclusión de que todo esto acabará por arreglarse. Seguimos lanzados en lo desconocido.

Mas en este punto descúbrese otra diferencia importante con respecto a periodos más antiguos de violentas agitaciones en la vida cultural.

Los hombres de tiempos pasados creían conocer bien los fines a que aspiraban y los medios con que podían lograrlos. Tenían de ellos ideas determinadas y sencillas. El objetivo, como hemos dicho, era casi siempre la restauración, el retorno a la antigua perfección o pureza. El ideal era, pues, retrospectivo; y no sólo el ideal, sino también el método para conseguirlo. Este se hallaba bien claro ante los ojos: consistía en estudiar y practicar la antigua sabiduría y la antigua virtud. La antigua sabiduría, la antigua belleza, la antigua virtud encarnaban en aquellos tiempos precisamente todo lo que hacía falta para crear en este mundo el orden y la bienandanza posibles. En las épocas decadentes y oscuras, los más nobles espíritus —como Boecio— esforzábanse por conservar la sabiduría de los padres, para entregarla como norma e instrumento a las generaciones siguientes. Ello fue un servicio inapreciable. ¿Qué hubiera sido de la alta Edad Media sin Boecio? Luego, en tiempos de ascensión cultural, desenterróse la sabiduría perdida, no sólo para alimentar a la ciencia desinteresada, sino para revalorizarla de nuevo. Tal sucedió con el Derecho romano y Aristóteles. En los siglos XV y XVI, el humanismo representó al mundo los tesoros recién hallados de una antigüedad depurada, como ejemplares eternamente válidos de conocimiento y civilización; no para jurar por ellos, pero sí para reedificar sobre ellos. La casi totalidad de la acción cultural consciente y deliberada en los periodos más antiguos, se ha inspirado de una u otra manera en el principio de la ejemplaridad del pasado.

Nosotros ya no sentimos esta veneración de lo antiguo. Si nuestro tiempo indaga y conserva y comprende la belleza, la sabiduría, la grandeza antiguas, no es —al menos en primer lugar— para convertirse a ella. Nuestras aspiraciones culturales —incluso para los que conceden a los tiempos anteriores mayor aprecio que al presente, ya por su fe, o por su arte, o por la solidez y salud de su régimen social—, no persiguen el ideal ficticio de restablecer el pasado. Ni podemos ni queremos otra cosa que mirar hacia adelante y caminar hacia lejanías desconocidas. La humanidad ha puesto la vista en el porvenir desde hace tres siglos, desde Bacon y Descartes. Sabe que tiene que buscar su propio camino. Afanosa de ir siempre más allá y caminando por sus propias fuerzas, quizá incurra —cabe pensarlo— en extremismos, cuando se siente enfebrecida por anhelos excesivos de encontrar lo absolutamente nuevo, despreciando todo lo viejo. Pero este modo de pensar es propio de espíritus livianos. Un espíritu cultural enérgico no teme el peso de los valores del pasado y sigue adelante.

No cabe duda de que siempre hay que crear cultura para conservarla.

J. Huizinga,
Entre las sombras del mañana,
Madrid, Revista de Occidente, 1936.